

Tulio Halperin Donghi*



Francine Masiello

Tanto el lugar en el que nos reunimos, la espléndida Sala Morrison de la Doe Library de Berkeley, como la música que oímos fueron una elección de Tulio. Y nos alegra cumplir sus deseos. Les agradecemos a los cuatro chelistas de *Celli at Berkeley* que abrieron la tarde con su versión del tango preferido de Tulio: “Volver”, que él mismo quería que se tocara en su funeral. Y le agradecemos a Dora Halperin y familia por su consejo y sensatez. Por supuesto, los acompañamos en el sentimiento.

Hemos perdido un magnífico historiador y un intelecto prodigioso, un interlocutor leal e incansable, que podía hablarnos sobre todo: historia, política, literatura, cine, noticias locales y chismes, lo que la circunstancia demandara. Era la mente enciclopédica de Tulio lo que más asombraba a sus amigos y colegas. Un hombre que se adentraba en archivos y emergía con un escenario renovado para entender la historia política e intelectual, un hombre que era capaz de recordar al instante los más complejos argumentos del debate del siglo XIX o los más finos detalles de una crisis histórica determinada, un hombre apasionado por las menudencias para alimentar los intercambios de *causerie et débat*, que puso todo eso junto con el fin de alcanzar un cuadro más amplio, con el fin de entender y configurar teorías de estado, de identidad nacional y el papel de las élites como poderes políticos; y para explicar las demandas que la cultura le hace a la historia y para escribir una historia con un estilo narrativo definido que abarque pasado y presente y se proyecte en el futuro.

Recordaba todo y usaba su conocimiento para reescribir nuestra comprensión de la historia de América Latina con un estilo que era exclusivamente suyo. Maestro del discurso y de las iluminaciones penetrantes, Tulio compuso con largas y complejas oraciones que a menudo alcanzaban la extensión de una página. Y aunque los lectores no avisados en ocasiones encontrarán dificultades en esos textos, Tulio fue aclamado, de hecho, como un maestro del estilo entre los académicos contemporáneos. Ese fue su modo de explicar las complejidades del momento, de traer la constelación de hechos y narraciones y encadenarlas con firmeza para condensar múltiples hechos en un solo momento y frecuentemente en una sola oración. El historiador Klaus Gallo escribió que “el legado de Tulio en la historiografía argentina es tan poderoso como el de Jorge Luis Borges en la literatura argentina”. Muchos apoyarían esta idea.

* Palabras pronunciadas en el acto en memoria de Tulio Halperin Donghi que se realizó el 6 de febrero de 2015 en la Morrison Library de la Universidad de Berkeley, California.

Pero su obra es mucho más que eso. Tulio renovó el estudio de la historia latinoamericana, entró en conflicto directo con la crisis de la historiografía en Latinoamérica en tiempos de régimen autoritario, y se hizo cargo de proteger y renovar la historia como disciplina en la época en que la máquina estatal imponía el silencio o la obediencia ciega a una lectura única de la historia. Tulio trajo a la superficie los momentos fundacionales de los movimientos independentistas con el más radical y convincente detallismo, y los volvió esenciales para leer el presente. Prueba de ello es su último libro sobre Belgrano, que se abre en el inicio del siglo XIX y nos lleva a una desesperanzada visión de la época contemporánea. Por cierto, Tulio se ganó el título del más brillante historiador; fue un luminoso y prolífico escritor, un intelectual público en el mundo latinoamericano y un inigualable lector del pasado y el presente.

Desde su más temprano libro –su libro sobre Esteban Echeverría, de 1951, publicado antes de doctorarse–, puso en marcha un modo de indagar que abarcó exilios y figuras marginales, aspiraciones y fracasos de los intelectuales en el estado y la cultura política de su país. Entre sus libros más recientes, *Letrados y pensadores*, publicado en 2013, se dedica a la historia de las élites letradas desde México a Argentina. Su último libro, que se publicó algunas semanas antes de su muerte, es un polémico abordaje del estadista Manuel Belgrano, uno de los padres fundadores de la Argentina a quien Tulio propone como un fiasco, un desconocido hombre de negocios que, algo así como el *idiot de la famille*, no pudo haber tenido mejor cosa que hacer que dedicarse a la política. En el homenaje que en abril de 2014 se le hizo en el Center for Latin American Studies en honor del premio a la trayectoria que le dio la Latin American Studies Association, Tulio se mostró renuente a reconocer que estuviera preocupado por la herencia de fracasos que había perseguido a los más famosos pensadores de Latinoamérica, pero admitía que lo motivaba la cuestión de por qué Latinoamérica, con tanta inteligencia y conocimiento, siempre se hallaba ante un callejón sin salida cuando se trataba de encontrar estrategias políticas exitosas.

Su afición libresca iba a la par de su pasión por los protagonistas de la historia, tanto como amaba compartir los más finos detalles de la vida cotidiana del siglo XIX. Pero la suya no era exactamente la teoría de la historia de “los grandes hombres”, sino una forma personalmente profunda de involucrarse con las figuras que estudiaba. La última vez que lo visité, unas semanas antes de que falleciera, celebramos la publicación de su libro sobre Belgrano y parlotemos sobre las figuras de esa época. “Decime algo sobre Hipólito Vieytes”, le pedí, imaginándome que obtendría la “verdad” sobre el editor de periódicos de comienzos del siglo XIX sobre quien yo había estado leyendo para mi propio trabajo. Dora preguntó quién era. “Ya sabés”, dijo Tulio con un brillo en los ojos, “el tipo que viene de la fábrica de jabones de la familia”. Seguimos conversando sobre jabones, estampas de envoltorios y sales. ¿Cuánto dinero podía hacerse en el negocio de los jabones en 1810 y qué hacía la familia con las ganancias? Los personajes de la historia lo hacían sentirse como en casa.

Pero ese es solo el lado liviano de su narrativa. Los libros de Tulio son, por supuesto, clásicos en el canon latinoamericano. La integración de la minucia con las grandes cuestiones del estudio de la historia son su marca registrada. *Revolución y guerra*, escrito cuando tenía 45 años, está considerado el más refinado libro sobre historia argentina que se haya escrito. Su *Historia contemporánea de América Latina*, publicado originalmente en italiano y más tarde en inglés, es lectura obligatoria. *Son memorias*, una narración supuestamente personal, es también un hito en el género autobiográfico que cubre el largo siglo XX de la inmigración, el avance del liberalismo, la crisis y el colapso social en la Argentina. En efecto, el siglo XX de Tulio fue el siglo de la Argentina. Él se convirtió en el tema de la historia.

Si solo hubiera sido inteligente, radical en su escritura, no estaríamos reunidos hoy aquí. Tulio fue además amable, responsable, afectuoso, y siempre protector de su rebaño. Fue un extraordinario mentor, cuidó a sus amigos, y por sobre todo, fue conocido en todos los ámbitos, en todas las disciplinas y en todas las batallas políticas que marcan la vida en la Argentina como un hombre de un ineludible principio ético. Se aferraba a la verdad.

Habiendo dejado la Argentina durante el régimen de Onganía, dio clases en Harvard y Oxford antes de ir a Berkeley en 1971-1972. A la distancia, sufrió las injusticias del gobierno militar en su país natal, y a la distancia, lamentó las deplorables circunstancias que se llevaron tantas vidas y pusieron en peligro la historia viva. Hilda Sabato dijo hace poco que Tulio había transformado la disciplina, pero que también había transformado las vidas de los académicos dedicados a la historia. “Él llegó a Berkeley y nos dijo sobre nosotros mismos cosas que ni podíamos imaginar”, escribió. Y durante la dictadura, fue ciertamente un faro, mantuvo vivo y en marcha el campo intelectual, y con el regreso de la democracia en 1983, se convirtió en uno de los pilares de la reconstrucción del campo intelectual. En la Argentina, les devolvió a los académicos la fe.

Pero algo extraño estaba ocurriendo. Por supuesto, era omnipresente en la imaginación de los historiadores argentinos; pero en los últimos años, se convirtió también en un ícono de la cultura popular. En el Colegio Nacional de Buenos Aires, la escuela secundaria pública que ha formado a los más grandes talentos de la Argentina, un amigo me contó que hace unos años el nombre de Tulio había pasado a integrar algunas frases de los adolescentes. Se los oyó decir: “No me vengan con un Halperin Donghi” (“No te la des sabihondo”, “no te hagas el sabelotodo”), probablemente sobrepasados por la lista de libros de lectura obligatoria en el programa de historia.

Recientemente, Diego Armus, uno de sus exalumnos, me contó una nueva. Me dijo que los estudiantes del Colegio Nacional habían formado ahora una banda llamada *Tulio Halperin Donghi*. Y en septiembre último un nuevo libro de poesía de vanguardia se publicó en Rosario con el título de *Tulio Halperin Donghi*. Él se reía cuando escuchaba estas historias, pero hacían poca mella en su ego. No tenía ninguna intención de convertirse en una estrella de rock, y como sabemos, no poseía ningún afán populista.

Tulio creía en su trabajo, en la vida de la mente, pero también sabía que la vida contemplativa necesitaba de un componente ético que no pudiera ser destruido. Por su honestidad, por la guía moral que nos ofreció, fue admirado y querido en el norte y en el sur. Sin duda, él supo cómo ser un maestro y un amigo entrañable.

Traducción: Adriana Amante

